



EL ALMA DE GARIBAY



Semanario humorístico Oscense



Director D. Fulano de Tal  La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez  Redactores los que vayan saliendo
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de-canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

UN GAZAPO

A las manos se nos ha venido un gazapo escapado del coto redondo de *El Liberal* de Madrid, periódico escéptico y anticlericomaniático, si los hay, que es el verbo del diputado por Camo, D. Miguel Moya, y que para nosotros ofrece el particular interés de ser el ambiente predilecto en el que respiran y viven la caciqueería y fariseísmo que tanto nos desdoran y avergüenzan.

Cierran ustedes la puerta, que vamos á soltarlo, y no caigan en la tentación de darle un puntapié antes de tiempo.

Allá va. «De cien veces—, dice *El Liberal*— setenta y cinco el matrimonio es una venta. De ciento, las tres cuartas partes, el concubinato es un heroísmo».

Es decir, que, según *El Liberal*, en el concubinato (unión de los que aquí llamamos los *amigados*) hay más elevación moral que en el casamiento *por lo civil*. Lo cual nosotros redondamente lo negamos, porque ambas uniones son un solo y torpe concubinato, digan lo que quieran todos los códigos del mundo, y sean cualesquiera sus diferencias jurídicas en la práctica; no pudiendo, de consiguiente, haber en ellas ningún más ni menos; en substancia son enteramente iguales. Las que son infinitamente superiores á la unión concubinaría son la unión por derecho natural, y sobre todo la unión sacramental.

Lo único que podemos concederles es que el concubinato resulta, hasta cierto punto, una unión más barata y poco engorrosa, pero de ninguna manera que sea un heroísmo, porque precisamente está hecha para los que no son héroes, para los que no tienen el valor de vencer sus pasiones, ni el noble aliento que se necesita para respetar al respetable público.

Pues entonces, dirán ustedes, la moral del concubinato es la moral de los perros.

Claro que sí. ¡Si se lo estamos diciendo á ustedes todos los domingos, en todos los tonos,

cantado y rezado! Con Camo y su *Diario* que no rebasan la talla moral de *El Liberal*, y no alcanzan, ni por mucho, la de Unamuno, el día menos pensado llegaremos derechitos á dar de cabeza en un pesebre.

Algunos creen que ya hemos llegado.

Y nosotros también lo vamos sospechando al ver la pachorra con que se aguantan por estos andurriales las calamidades del caciquismo y del anticlericalismo.

Tríorama psicológico

(CONCLUSIÓN)

Démonos prisa ¡oh ángel mío!; sí, démonos prisa. Albricias, porque llegamos á la Jerusalén celestial. Alejaos de aquí, monumentos de la tierra; nada sois ante la ciudad que diviso. Sol, luna, estrellas, planetas, satélites, cometas, nebulosas, constelaciones, piedras preciosas, ayudadme á descubrirlos en la mansión celestial.

Sobre doce cimientos para ella, muralla de mármoles superiores de los mejores planetas, con medida de oro fueron ajustados por ángel predilecto La riqueza de la materia, la perfección de la forma compite con su bellísima arquitectura.

Jardines deliciosos con hermosísimas flores tomadas de las mejores vegetaciones planetarias, cerniéndose sobre ellas vivísimos colores del más encantador arco iris, rodean su recinto. Desde el elevado trono del Omnipotente desciende suavísimo río de cristalina agua que riega el celestial Edén, y en sus rizados oleajes se mece amor puro y la sabiduría de Dios. Las olas misteriosas reuniéndose, abrazándose mutuamente, se extienden, y penetrando por los espacios del jardín, dan indecible colorido á las flores y aroma sobrenatural que recrean al Altísimo. El árbol de la vida y el árbol de la ciencia en sus ramajes de oro ocultan las leyes de la naturaleza, las realidades morales é intelectuales, los secre-

tos de la Divinidad, que son el alimento de los escogidos.

Sus mansiones son iluminadas por la luz de la más encantadora aurora, por la más bellísima llama del mediodía, por la más arrebatadora púrpura de la tarde, sin que ningún astro se eleve sobre el horizonte resplandeciente.

En aquellos lugares no hay salida ni ocaso del sol; una claridad inefable que se extiende por todas partes como suave rocío, alegra el día eterno de la deliciosa eternidad. Sus pavimentos formados con diamantes y riquísimas esmeraldas sostienen arcos triunfales contruidos con las más brillantes estrellas, y por los espacios del firmamento crúzanse, y encadénanse con armonía divina pórticos de los más luminosos soles.

Son atrios arrebatadores indescriptibles. Solamente ya en la entrada de la Ciudad Santa me obligó á exclamar, dirigiéndome al ángel: «*Bonum est nos hic esse, nec oculus vidit...*» Notaba al mismo tiempo en el ángel algo extraordinario; juntamente con la mayor hermosura que en él iba creciendo, un resplandor vivísimo y suavísimo le rodeaba; parecía como si fuese revelando lo que en sí era. Por momentos en mí se aumentaban, mirando al ángel, la admiración y el encanto. No era la belleza y hermosura que había contemplado estando sobre las aguas del mar; era muy superior y tan suprema que no hay base en la inteligencia humana para describirla; está fuera de su esfera. Muy superior á la sensitiva, era una visión intelectual indefinible la que en mi alma se desarrollaba. ¿Había el ángel infundido algo de su espíritu en mi espíritu para ver tan superiormente sobre la materia? ¿Al penetrar en aquellos atrios, á mi «*Lumen naturæ*» se había agregado algún destello del «*Lumen Gloriæ*», de aquella luz sobrenatural con que son enriquecidos los bienaventurados y que se aproxima á la visión intuitiva de Dios?

Las puertas del cielo de oro purísimo, adornadas de riquísimas perlas y topacios, formando dibujos divinos, estaban abiertas. Inscripciones varias con letras de diamantes y zafiros se leían en ellas. En las más próximas á nosotros estaba escrito: «*Vita «Æternitas» Verba «¿quis sicut Deus?» ejecit ex cælo ángeles qui nunc sunt dæmones Verba Pii IX «¿qui sicut Ecclesia» impedivit in cælum intrare liberales homines».*

Tan solo un poco penetrarás en mi compañía, me dice el ángel, y solamente oirás y verás algo que pueda arrebatarte; todo lo demás está reservado únicamente á los habitantes para siempre felices de esta ciudad celestial.

Nos introducimos en espacioso y encantador recinto. Superior á cuanto puede imaginarse de las mejores construcciones hechas por los mortales y mejor adornadas para los más elevados emperadores, era dicho recinto donde los bienaventurados hallaban un manantial inagotable de admiración. Desde aquí, me dijo el ángel, sin necesidad de telescopios y á la aproximación que queremos, contéplamos, mediante la luz que Dios nos ha dado á los bienaventurados, toda la naturaleza. Para nosotros no hay secreto ni en los planetas, ni en los satélites, ni en las estrellas, ni en las nebulosas, ni en las constelaciones, ni en los demás misterios que hay en el orden natural. Nos deleitan superiormente los mares de los planetas, toda la vegetación y encanto de los mismos, el color de los cielos, la disposición y magnitud de las esferas. A nosotros nos son conocidas las leyes que hacen rodar aquellos cuerpos con tanta ligereza en el fluido éter. Nosotros

podemos contemplar diferentes soles con sus planetas próximos engarzados como diamantes á sus cabelleras de oro.—Al referirme esto notaba en el ángel éxtasis de admiración y de amor, alegría indecible; y en medio de su narración continuada una melodía sublime pero lejana llega á mis oídos. Con el «Santo, Santo, Santo», instrumentos dulcísimos dejan saborear sus ecos delicadísimos. Las arpas, las liras y los salterios y otros instrumentos, manejados por los ángeles, daban sonidos suaves y armoniosos en tal grado, que sólo allí quedaba divinizada la música. Extasiado quise llegar al sitio en donde se producía; pero deteniéndome el ángel, me dice: no puedes pasar adelante, más allá se encuentra la visión celestial intuitiva superior á toda visión, y superior á todo mortal; es la felicidad suprema. Voy á concluir ya mi misión contigo; sólo te falta el postrer detalle de tu última visión.

El ángel tocó mi frente, y sintiendo las potencias de mi alma suave estremecimiento, vi un poco lejano un ser casi divino Triple corona adornando su cabeza, y vestidura blanca rodeando su figura, aureola luminosa especial le hacía muy resplandeciente. En sus manos había hermosísimo libro, y en sus páginas abiertas se veían escritos con letras de oro.

Reconocí al momento al Pontificado, al Papado de la Iglesia, y en aquel Pontífice noté la gran gloria, en el cielo, de la obra de Jesucristo en la tierra. La triple petición de amor por Jesucristo «*Petre amas me*», triplemente congran amor contestada: «*Tu scis, Domine, quia amo te*», supone una triple santidad y una gran superioridad en el cielo y en la tierra. En ésta es cima suprema, base fundamental para concentrarlo todo en Jesucristo, y subirlo todo hasta El por la omnipotencia real del mundo intelectual, moral y religioso, hallándose en el Pontífice el poder de enseñar, de legislar, de castigar, de administrar, de reinar. ¡Sublime espectáculo! Un hombre mandando en nombre de Cristo, y representando á Cristo, pudiendo repetir sus palabras: «*Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra*». El puede decir: «Yo conduzco al cielo á toda voluntad fiel, mando al universo, y envío á cada ciudad mi mandato de Rey y mi bendición de Padre «*Urbi et Orbi*». ¡Oh humanidad cristiana de la ciudad y del universo, postraos de hinojos, y doblad, á una con vuestros cuerpos, vuestras voluntades al mandato del Rey y á la bendición del Padre; aceptad esa cadena eterna de la autoridad divina! ¡Dulce cadena que suaviza los dolores, los padecimientos, y que los mártires, confesores, vírgenes y todos los bienaventurados pidieron les estrechase fuertemente! ¡Dulce cadena que con ella se sube al cielo y sin ella no hay salvación! ¡Desgraciados los que contra ella conspiran! Rompedla, gritan las sectas, los errores. Libraos de ella, dicen las preocupaciones y los vicios. Contra ella se levantan persecuciones, sofismas; contra ella se eleva el liberalismo queriendo destruirla para destruir á la Iglesia...

Basta, Atanasio, basta; deja ya las reflexiones, y para concluir acerquémonos al Pontífice, y podrás allí leer algo del libro que ha llamado tu atención.

Llegamos cerca del Pontífice, y ante mí ví al Papa queridísimo de la Inmaculada Concepción, á Pío IX. Callaré las expresiones de afecto que en mí se desarrollaron, imposibles de describir; y sólo diré lo que entre algunas de las instrucciones, de las sentencias y verdades del libro leí: «Siempre he condenado al liberalismo y princi-

palmente al liberalismo católico; mil veces que fuera necesario lo volvería á condenar». Creedme; el mal que os señalo es mucho más espantoso que la revolución y la «Commune», y ese mal eran las máximas perniciosas llamadas catócoliberales, verdaderas causas de las ruinas de los estados». Nos al condenar repetidas veces á los secuaces de las opiniones liberales no pretendemos hablar de los enemigos descubiertos de la Iglesia, que fuera ocioso hablar de ellos, sino de los que acabamos de indicar, quienes conservando el veneno oculto de los principios catócoliberales que mamaron quizá con la leche, y defendiéndolos bajo pretexto de que no adolecen de manifiesta perversidad, y de que en nada dañan, según su juicio, á la religión, contribuyen á infundirlos en los espíritus, sembrando así en ellos el germen de esas revoluciones que traen en nuestros días perturbado el mundo». Es necesario mantener en toda su pureza el espíritu de intransigencia del «Syllabus». He cerrado las puertas del cielo para el liberalismo; y así como en el cielo el grito del Arcángel San Miguel «Quis sicut Deus» arrojó del cielo á los ángeles rebeldes para nunca poder volver á él, así el grito en la tierra «Quis sicut Ecclesia» impedirá para siempre el penetrar en la mansión celestial á los rebeldes á la Iglesia, á los liberales.

La misión del ángel con esto concluía. Al pensar por fuerza en ello, mi lengua no podía ya articular palabra; el ángel que me había servido de compañía, y que tanto me había instruído, tenía que quedar en el cielo, en la visión beatífica; y yo tenía que separarme de él. Esta separación para mí era imposible sufrirla; ó el ángel había de confortarme con una esperanza viva de volver á verle, ó la muerte era inevitable. El ángel al verme en la más terrible lucha que mortal podía padecer, besa mi frente; escribe mi nombre en su áureo cinturón que tiene bordados con trabajo divino los consuelos del alma, los efectos sublimes y la esperanza inmortal. Abraza fuertemente al ángel, y dejando en el cielo. ni nombre de

ATANASIO

que no pertenece ya á la tierra, quedo sumido en profundo y suavísimo sueño. Al despertar oigo pasar, por delante de la casa en donde aquella noche dormía, el Rosario de la aurora. Rezo sentado en la cama el «Ave María», y termino diciendo «Consolatrix afflictorum, ora pro me. Regina angelorum, ora pro me. Janua cœli, ora pro me».

CHIRIGOTAS

¡Cuidado si hacía tiempo que no me dejaban mis sesudos compañeros de colaboración chirigotear! Cuando llegaba á la Redacción, armado de mis cuartillas de prosa ligera, cual corresponde al carácter del periódico, (chúpate esa, Atanasio), contestábame invariablemente el Director: «Llega usted ya tarde, amigo; el número próximo, díjome un día, lo tiene acaparado el de los «Tríoramas» y como sus chirigotas son de menos importancia...»

—¡Hombre!

—Es decir... dispéñeme usted; sentiría que se hubiera molestado con mis frases; pero sin duda no he acertado á expresarme bien.

Yo, más rojo que una guindilla, y rascándome el cogote, ni más ni menos que un patán de

Lumpiaque: ¡Ah! sí, señor, sí, demasiado bien ó con demasiada claridad acaba de expresarse mi señor Director; con tanta, que si esto se repite estoy decidido á pedirle la licencia absoluta.

—¡Calle! Le creía á usted más humilde.

—Yo, cada vez más *corrido* y á punto de saltárseme las lágrimas: No, es que había llegado á acariciar la ilusión de que mis trabajos estaban más en armonía con lo expuesto en la cabecera de nuestra publicación, que los serios y concienzudos á que va usted dando cabida, dejando los míos arrinconados.

—Los suyos siempre son de actualidad.

—No, señor; los de actualidad perpetua son los de «El Duende.» Esos siempre llegan á tiempo; lo mismo un domingo que otro, porque las escenas descritas por él son de todos los momentos, y los personajes que toman parte en ellas son siempre los mismos; pero á mí, don Fulano, me arrebató usted cuantas coyunturas se me presentaban de reirme de mi sombra, es decir, de la mía no, de la mala que tienen algunos jornaleros de pluma que sería mejor lo fueran de plumero .. y esponja, porque han nacido para eso y nada más. En el momento que pretenden salirse de la órbita que Dios les trazó, dan más tumbos que un discípulo de Baco.

—Pues mire usted, ahora debo anunciarle que para el número del 14 de Marzo puede prepararlo algo.

—¿Y si no tengo campo donde espaciarme? Porque es de advertir que el *chucho* de Camo, que tanto material me facilitaba antes con sus ladridos y mordiscos anticlericales, hace ya varias semanas que sale á la calle con bozo y no se le oye ni el más pequeño gruñido.

—Vaya, señor chirigotero, ¿pretende usted ahora *chirigotearse* conmigo?

—Y eso... ¿á cuento de qué viene?

—Eso viene á cuento de que nada más á un *chuzón* como usted se le puede ocurrir hacer esa afirmación del bozo. ¿Acaso no recuerda aquella dentellada recientísima dada á «los príncipes cristianos?»

—Efectivamente, no la recordaba.

—Pues siga usted la pista al *chucho* aludido y verá cómo antes de mucho le facilita cuanto necesite para emborronar unas cuartillas.

—Así lo haré, Director, y gracias por el consejo.

Apenas nos separamos, siguiendo las indicaciones de don Fulano de Tal, me situé frente á la imprenta del tipógrafo que, según los vaticinios de alguien ha de salvarse, por más que no lleve trazas de ello por ahora, donde se editan las perrerías cleróforas del repetido *chucho* y á poco ví salir al repartidor con un paquete bajo el brazo.

No me costó gran trabajo hacerme con un ejemplar de los muchos que llevaba, y al pasar mi vista por él veo un suelto, que por el tufillo que suelta es de «El Abejorro», aquel que tan soberanamente manteó «Thales de Mileto», y que copiado á la letra dice así:

«El modernismo y la cera

Esto marcha viento en popa; el modernismo se impone, dejando la cera paso franco á la electricidad. Lo sentimos por Vilas». (¿Nada más por él? ¿Por ventura es el único cerero del globo? Y además, ¿también llevarán los fieles bombillas eléctricas en las procesiones? No lo sientas, pobrete, no lo sientas, porque no te lo ha de agradecer; precisamente se trata del hombre más des-

aagradecido que me he echado á la cara. Cualquiera otro en su lugar, con la propaganda que le haces de su rico guirlache, ya te hubiera largado una propina de aquellas que recibías en tus mocedades ó te hubiera regalado un sombrero de copa con escarapela y un abrigo con vivos; pero él, estoy seguro que por dar, no te da ni los buenos días. Bien es verdad que ya dijo en aquel comunicado que no te conocía, afirmación que, dicho sea de paso, la tomé á guasa; pero habiéndole interrogado sobre el particular se ratificó en lo dicho. Se conoce que ha ido pocas veces en coche y no se ha codeado con gentes de *altura*).

«Las iglesias, donde tanto se truena contra el progreso, se acogen á sus beneficios. ¡Recontra con el muchacho, digo, con «El Abejorro!» ¿De dónde habrá sacado este bicho la especie de que en las iglesias se truene ni se relampaguee contra progreso alguno? Vamos, ya está visto, desde que á los que frecuentamos la casa del Señor nos tiene por «quintos místicos», quiere hacernos comulgar con ruedas de molino. Por fortuna sabemos ya en la forma que oye «la divina palabra», y cuando le dicen digo, él entiende Diego. Conócese á la legua que este «Abejorro» es de los que zumban en Aragón y no ha visitado otras tierras; mas si consultara á sus congéneres de Roma ya le dirían éstos quién ha protegido en todos los tiempos con más decisión los adelantos en artes, en ciencias, en literatura y en todos los ramos del saber, y le manifestarían además de dónde habían salido los mayores sabios del mundo). «Y en la Basílica de San Lorenzo se ha instalado la luz eléctrica».

«Esto quiere decir que «no hay más cera que la que arde» y arderá muy poca por lo visto, y que Vilas, el del guirlache, pondrá cara de Pascua. (No sabemos si el conocido industrial á que «El Abejorro» se refiere, la pondrá de Pascua ó de viernes santo; pero consétele al «repulsivo insecto» que el uso de la electricidad en los templos no excluye el de la cera, como no excluye en el hogar doméstico el uso del pan, el consumo de pasteles; mas aunque sucediera todo lo contrario, no tenía por qué apurarse, pues con cambiar de oficio estaba al cabo de la calle ya que no pondría él la moda, pues yo conozco, sin ir más lejos, un sujeto que, adivinando que dejaría de usarse la fuerza animal para el arrastre de vehículos, siendo sustituida por la gasolina y otras fuerzas motrices, curándose en salud, abandonó la fusta y se fué á ganar *la judía á otra parte*. Si no me quieres creer, pregúntalo á un abogado oscense de cuyo nombre no puedo acordarme.

ANTIPLINIO.

OTRO GAZAPO

¿No es verdad, lectores míos, que cuando una autoridad cualquiera, dejándose llevar de ardiente celo por el cumplimiento de sus deberes vigila á sus subordinados para obligarles á desempeñar escrupulosamente los servicios que les fueron encomendados, es digno de loa y merece los desinteresados elogios de la prensa y de todas las personas honradas? ¿Verdad que sí? Pues el órgano de la caciquería oscense lo entiende de otro modo y de un acto llevado á cabo recientemente por el señor Gobernador civil, que le enaltece sobre manera, toma pie para zaherirle despiadadamente, burlándose del mismo con la mayor desconsideración.

Figúrense ustedes que el Sr. Solano, en vez de entregarse al descanso en una «de estas noches crudas de la temporada heladora», lánzase á la calle para averiguar personalmente si los vigilantes nocturnos llenan cumplidamente su cometido, y sorprende «á dos agente de vigilancia en una casa *non sancta*, á un sereno y un vigilante en un portal y á otro vigilante en el retén de bomberos». Supongan ahora que en virtud de estas infracciones de su reglamento impone á los contraventores el correspondiente castigo para saludable escarmiento de los culpados y estímulo de los restantes.

Sigan suponiendo que «El Abejorro» de *El Diario* se entera de esto, y en vez de tributar un aplauso al celoso funcionario, que vela por la tranquilidad del vecindario, le larga una serie de molestos zumbidos, tomando la defensa de los que en aras de su comodidad abandonaron los puntos confiados á su custodia. ¿Qué tal, eh? Si es así como se sirve al cacique lo comprendo, y á los que pagamos para poder dormir con la paz y el sosiego á que tenemos derecho, que nos parta un rayo. ¡Bien, hombre, bien! En medio de todo una cosa hay que agradecerte, y es que tú mismo pones de relieve á dónde conducen las caciquerías en esta desgraciada tierra aragonesa, digna de mejor suerte. Apostaría doble contra sencillo á que si tuviera á la vista las listas de electores que emitieron su voto en las últimas elecciones, encontraría en ellas los nombres de tus defendidos, y si exhibieses junto á ellas las papeletas que depositaron en la urna, me vencería igualmente de que habían favorecido con sus sufragios la candidatura caciquista y... claro, estas cosas hay que agradecerlas de algún modo. ¿De cuál más cómodo que con los cuartos de los *Paganini*? ¡De ninguno! y además hay que tener estos votos propicios para las venideras. ¡Ah, pueblo. . imbecil!, iba á decir, ¿cuándo aprenderás?

No terminaré sin rendir á nuestra primera autoridad un tributo de gratitud por su heroico comportamiento, siéndome esto tanto más agradable cuanto doloroso me fué tener que censurarle durante la época de las últimas ferias por su culpable condescendencia con los jugadores. Y ya que surge en mi mente tan triste recuerdo, por aquello de *aliquando dormitat Homerus*, bueno será recordar también que á pesar de obedecer quizá su conducta de entonces á presiones caciquiles, no le agradecieron ni el negro de una uña los mangoneadores perpetuos su funesta *amabilidad*.

Sírvale de lección, para lo sucesivo, á nuestro digno gobernador, que «no se puede servir á dos señores», y tenga muy presente que «así paga el diablo á quien le sirve». Por lo demás, si el acto realizado por él en esta ocasión, en pro de los habitantes de la provincia que le ha sido encomendada, lo hubiera llevado á cabo en su dominación el examigo actual del cacique, señor Retana, tengan ustedes por seguro que *El Diario* hubiera roto el parche en alabanzas y ditirambos al amigo de entonces. ¡Cómo *cambean* los tiempos! dijo el baturro. Ahora el ataque y aplauso sistemáticos son los que campean al juzgar los hechos del hombre público, según se trate de independientes ó compinches.

Tipografía de Faustino Gambón

HUESCA